

LA SUERTE DE LOS JUGUETES

por Angélica Palma

No sois sólo vosotros, los chiquillos, los que en vísperas de Pascua andais alborotados y curiosos en espera de los regalos que os pondrá el Niño Dios en el árbol de Navidad y los Reyes Magos en vuestros zapatos. También son esos días de gran inquietud para los juguetes que, alineados sobre el mostrador o encerrados entre los vidrios del escaparate, aguardan, quietos e indiferentes al parecer, a que se cumpla su destino. En la noche, cuando los dueños y los empleados de la tienda se han marchado, y están cerradas las puertas y todo silencioso y oscuro, es cuando los juguetes charlan, hacen proyectos e imaginan planes para el día en que salgan del almacén, del mismo modo que los niños, si están lejos de las personas mayores, conversan de lo que harán cuando sean grandes, y uno dice:

—Yo seré general, con una espada bien larga y muchas medallas.

Y otra le interrumpe:

—Pues yo tendré bastantes hijitos y los llevaré a pasear en automóvil.

Y el de más allá agrega:

—Yo seré millonario.

Los juguetes no hablan de esas cosas; ellos se ocupan de los dueños que tendrán, y esperan siempre ir a manos de niños ricos y bonitos, aunque para bonitos ellos, los juguetes. ¡Si supiérais qué vanidosos son!

En una gran juguetería había muchísimos de diversas clases y precios; algunos eran carísimos, pero ¡qué hermosos! Había, por ejemplo, una casa de muñecas de dos pisos, en la que no faltaba nada de lo que hay en las buenas casas de verdad: vestíbulo con plantas y sombrereras de espejo, salas con alfombras y cuadros, biblioteca con estantes de libros, escritorio y teléfono, comedor con vajilla completa, dormitorios con sus camitas, sus divanes y sus mesillas de noche, cocina con horno y todo, timbres y luz eléctrica en todas partes, hasta en el cuarto de baño. Esa casa tan elegante, no sé si por orgullosa, por reservada o por conforme, no hablaba del porvenir; en cambio, los otros juguetes se despachaban a su gusto. A nosotros —decían los soldados en una magnífica caja— nos espera suerte envidiable. No iremos a manos de pequeñitos rompedores sino a las de niños ya juiciosos, que aprenderán en nosotros a conocer las armas, a distinguir los uniformes, a manejar los cañones y a adiestrarse en la estrategia. ¡Somos juguetes científicos!

—Para científicos nosotros —chillaron los va-

goncitos de un ferrocarril, que, enganchados a su máquina, corrían y culebreaban sobre los rieles.

—El progreso y la ciencia los represento yo —exclamó desde su altura un aeroplano colgado del techo.

—Dejarse de ciencias y tonterías —dijo una muñequita muy mona, sentada en un lujoso coche—. Buena suerte la mía, que siempre estaré de paseo y me empujará el coche una nena preciosa, que llevará, como yo, el trajecito a medio muslo, guantes y medias de seda.

—Yo —exclamó un automóvil pretencioso—, como soy tan caro, iré a un palacio espléndido, donde habrá junto al garage uno más chico para mí solo y el señorito de la casa, que estará acostumbrado a lo bueno, me guiará por los paseos de moda, y la gente se parará a contemplarme muy lujoso y brillante.

—Yo —dijo un bebé de celuloide, colorado y grandote— voy a ser muy mimado. Como soy irrompible y cuesta barato, alguna mamá con poco dinero me comprará para su niña, y la pobrecita, que no tendrá otros juguetes, me cuidará muchísimo, me hará vestiditos, me llevará en brazos, y por la noche me acostará en su misma cama. A mí no me dejarán tirado por allí, como a vosotros, presumidos.

¡Santo Dios, y la que se armó con esta salida del bebé! Los soldados le apuntaron con sus armas, el tren casi descarrila, el auto clamaba por un chofer que lo pusiera en movimiento, el aeroplano por

un aviador, los osos de piel rugían amenazadores, los carneros hacían be-be, chillaban los monos dislocándose en piruetas, pateaban los caballos, tocaban solos los tambores, rodaban los balones, los Cupidos torcían más que nunca sus ojazos asustados, y todo era gritería y barullo. Gracias a que se oyó ruido de llaves, abriéronse las puertas y entraron dos criados que, con plumeritos finos, empezaron a sacudir el polvo a los juguetes, los cuales al ver la luz del día y seres humanos, no tuvieron más remedio que volver al silencio y a la inmovilidad.

Tanta habladuría y tanto alboroto no influyeron, por cierto, en el destino de los juguetes. Algunos de los más presuntuosos permanecieron tan largo tiempo en el escaparate que se les rebajó de precio. ¡Tremenda vergüenza para un juguete de lujo! Eso le ocurrió al vanidoso auto que, ya rebajadito, fué comprado por los nenes de un nuevo rico, quienes, después de pavonearse en él una temporadita, vestidos bastante chabacanamemente, por más señas, se entretuvieron en torcerle ruedas y quitarle tornillos.

La lindísima casa de muñecas tuvo el feliz destino de servir para una demostración de gratitud. Un cirujano operó a una niña que se ahogaba de difteria, le salvó la vida, y, por ser muy amigo de los padres de la enfermita, se negó a aceptar pago alguno. Entonces la niña, ya sana, regaló la casa de muñecas a las hijas del doctor, y cuando jugaban todas juntas, la una pensaba que, gracias a aquel excelente

señor podía disfrutar esos alegres ratos, y las otras se regocijaban de tener un papá tan bueno y tan sabio.

Los soldados que tan dichosa se la prometían, fueron a caer donde una pandilla de chicos traviesos, hermanos y primos, que en un santiamén les arrancaron las bayonetas, desarmaron los cañones, desmontaron a los jinetes, y perniquebraron a los infantes. ¡Demonios de muchachos! Parecía que hubieran declarado guerra a la guerra.

El bebé de celuloide no fué, como esperaba, compañero inseparable de una chica modestita y cuidadosa. Lo compró una solterona, muy aficionada a niños, que, como no los tenía de carne y hueso, se entretenía con el muñeco, viéndolo muy peripuesto, sentadito en la sala. No se podrá negar que el bebé estaba mimado y elegantón; pero nadie jugaba con él, y esto lo ponía rabioso.

La muñeca del coche vino a parar, tal como lo había pronosticado, donde una pequeñuela de trajecito a medio muslo, guantes y medias de seda; mas la tal pequeñuela tenía una madre demasiado ordenada y económica, que, para que no se estropeará el juguete, lo encerraba en un armario, bajo siete llaves, y sólo, como premio extraordinario, permitía de vez en cuando a la niña llevarlo de paseo.

El aeroplano se lo obsequiaron a un nene pequeño, y sus hermanos mayores, que se la daban de mecánicos a fuerza de ensayar en él inventos e

innovaciones, lo dejaron inservible en un dos por tres.

Total: que si alguno de los juguetes logró aproximarse a la suerte que se jactaba de alcanzar, ninguno la consiguió por completo. Lo mismo suele sucedernos a las personas, con esta diferencia que no debeis olvidar: los pobres juguetes no tienen voluntad y han de aguantar lo que se haga con ellos. En cambio, nosotros merecemos en ocasiones los males que sufrimos y podemos hacer mucho por alcanzar el bien que deseamos, pues es muy cierto el adagio que dice: Ayúdate y Dios te ayudará.